

Rodrigo de Cepeda y Las rojas linternas de Huecuvu



Capítulo XIV

BLASCO NÚÑEZ DE VELA

EN 1543, el abulense Blasco Núñez de Vela fue nombrado Virrey del Perú por Carlos quinto, primero de España, y aquél, acompañado por sus conciudadanos Antonio y Agustín de Ahumada, se instaló rápidamente en el sevillano barrio de Santa Cruz para organizar su armada. En el mes de agosto se reunió con ellos en Sevilla el Oidor vizcaíno Pedro Ortiz de Zárate, acompañado por su sobrino Juan de Garay, natural de Villalba de Losa y, a la sazón, de sólo catorce años de edad.

De Sevilla marcharon a Sanlúcar de Barrameda, y de aquí zarparon el 3 de noviembre de 1543 al rayar el alba. En la nave capitana del virrey, viajaban el Oidor, su sobrino, y los hermanos Antonio y Agustín de Ahumada, vecinos de Blasco en la ciudad de Ávila.

Malo fue el viaje, con muchas tempestades, sobre todo caribeñas, y para Blasco y los suyos fue un día maravilloso el 10 de enero de 1544, en el cual, tras larguísimo mes de terrible bailoteo en alta mar, notaban que las tablas del piso quedaban al fin quietas bajo sus pies, en un puerto de aguas muy tranquilas.

La carraca de Blasco Núñez de Vela, nuevo Virrey del Perú, estaba atracando lentamente en el bello puerto indiano de Nombre de Dios, en el mar Caribe y al norte del istmo de Panamá, de la Nueva Granada.

Blasco Núñez de Vela, Antonio, Agustín, Juan de Garay y su tío Pedro Ortiz de Zárate salieron a cubierta y contemplaron extasiados, por primera vez, el maravilloso mundo verde en el que poco más tarde habrían de sumergirse, algunos quizá para siempre, como si hubieran nacido por equivocación en otro sitio, y hubieran venido a dar ahora con su verdadera patria en esta tierra nueva llena de árboles gigantes y frondosos, con aves de colores que revoloteaban sobre ellos ruidosamente, haciendo brincar sus sombras sobre las iluminadas copas, bajo un sol fortísimo y enceguedor.

Blasco Núñez de Vela tenía mucha prisa por hacerse cargo de su virreinato del Perú y poco tiempo quedó para admirar el pequeño y bello puerto al que habían arribado, cerrado por una maraña verde esmeralda de selva hacia el sur, tras la que podía otearse una gigantesca y abrupta cadena de montañas azules, y por un mar terriblemente tempestuoso hacia el norte, cuyas olas llegaban, con la pleamar, a empapar con sus salpicaduras los bohíos en que precariamente se cobijaban

los viajeros, en promiscua y ruidosa convivencia con los nativos y españoles del poblado.

Los jóvenes Antonio y Agustín de Ahumada, y el adolescente Juan de Garay, vieron con asombro las gentes cobrizas, todavía de raza chibcha o muisca por esos lares, y escucharon su lengua gutural e ininteligible para ellos. Admiraron y saborearon los enormes plátanos, y paladearon los aguacates y el cazabi. Observaron a los colonos de Nombre de Dios, ayuntados con mujeres nativas, y Juanillo Garay zascandileó entre la empalizada del poblado, con los niños mestizos que hablaban un extraño pero suave castellano sin zetas (1).

Un soldado veterano contó a Juanillo, Antonio y Agustín la legendaria historia de Vasco Núñez de Balboa, el hidagüelo extremeño de Jerez de los Caballeros que había descubierto el Mar del Sur; invencible en el combate e irresistible en el amor, y de cómo había sido arteramente traicionado y decapitado por el envidioso Pedrarias Dávila, suegro del héroe descubridor, posiblemente despechado a causa de la maravillosa historia de amor que Balboa estaba viviendo con Anayensi, la hermosa princesa india que lo había acompañado desde su llegada a la vecina zona del Darién, cuando había arribado allí con la expedición del bachiller Enciso.

Después de dos días de permanencia en Nombre de Dios, en el segundo de los cuales decomisó la plata de un navío por haberse empleado esclavos en su cargamento a bordo, Blasco Núñez de Vela anunció la partida a don Pedro Ortiz de Zárate, y éste preparó con su sobrino todo lo necesario para la travesía. También avisó el Virrey a sus paisanos Ahumada, quienes hicieron enseguida lo mismo que don Pedro y Juanillo, los preparativos para el viaje.

Al alba del quinto día americano, Blasco, Ortiz de Zárate, Juanillo y los hermanos Ahumada montaron a caballo y partieron hacia la pared de selva que parecía querer cerrarles el camino por el sur.

Ya antes de mediodía la gente de a caballo se vio obligada a desmontar, para poder ir cruzando penosamente entre la maraña apenas desbrozada por los alabarderos que iban al frente abriendo camino.

En algunas partes podían verse las huellas de una senda, seguida de tarde en tarde por quienes iban a Panamá o volvían de ella; pero la selva cubría rápidamente la senda cuando los viajes no menudeaban demasiado y, en ocasiones, sólo podía descubrirla por los huesos de españoles o indios que blanqueaban entre las altas hierbas, luego de haber perecido en apurados combates, que no daban tiempo a enterrar los muertos a ninguno de los contendientes.

Al séptimo día de marcha arribaron al río Chagres y cuando Juanillo Garay echó a correr hasta su ribera, una repentina y espantable visión pareció inmovilizar sus ágiles piernas. Juanillo trató de dominarse y, volviéndose hacia don Pedro, le gritó:

-Tío; ¡una hidra..!
-¿Qué decís, majadero..?
-¡Que aquí en el agua hay una hidra..!

Un soldado de Nombre de Dios se echó a reír entonces y gritó a su vez:

-¡No os acerquéis..! Es un caimán negro.



ISIDORO CALZADA
ILUSTRACIONES: SUSANA SAURA

-¡Pues tiene hechura de Belcebú!

Exclamó tras ellos Agustín de Ahumada, quien sólo tenía un par de años más que Juanillo Garay, agregando luego para su coeto:

-¡Se parece al dragón que mató San Jorge! ¡Pero nada como un pez!

Y luego Agustín dijo a Juanillo:

-¡Ya tenía lista mi ballesta por si te atacaba!

Cruzaron el río Chagres en balsas y jangadas, y después de discurrir por los desfiladeros de la selvática montaña durante otros ocho días, avistaron por fin la azulada y móvil llanura del Mar del Sur que descubrió Balboa, probando que América era un Nuevo Mundo.

Otros dos días llevó el descenso, hasta que Blasco, Ortiz, los Ahumada y Juanillo pudieron contemplar la pujante población que había fundado Pedrarias Dávila, el asesino de Balboa: la blanca y bulliciosa Panamá frente al Mar de las Perlas, por el cual tendrían que aventurarse hasta el Perú.

Grande fue el asombro de Agustín y Juanillo al ver velas cruzadas frente al puerto y preguntaron enseguida cómo habían llegado hasta allí esos barcos desde España. Mayor todavía fue el asombro de ambos cuando les dijeron que esos barcos habían sido contruidos en Panamá, y que en ellos había que seguir viaje por isla Taboga y el Archipiélago de las Perlas, hasta el país de los incas, surcando durante muchos días de navegación el mar de Balboa, siempre hacia el sur.

El mozuelo Garay iba de sorpresa en sorpresa. Nunca había notado mayor diferencia entre Villalba de Losa y Orduña, o entre el caserío de los Garay o el de su tío, y sí le había resultado distinto Madrid, y más todavía Sevilla; pero este Panamá mirando al Mar del Sur le resultaba más diferente de Nombre de Dios, que el puerto caribeño del de Sevilla, o cualquier otro del Guadalquivir y la costa meridional española por los que pasara desde que salió de Villalba de Losa.

La gente de Panamá, española, india o mestiza, hablaba poco y se movía mucho. Todo el mundo trabajaba allí de un modo afiebrado, tanto en los astilleros como en las fraguas, herrerías o talabarterías. En las tabernas se bebía, reía, jugaba y juraba como jamás

vieran Agustín en Ávila o Juanillo en Villalba, y en pocos días pudieron ver muchas peleas entre los rudos soldados de Indias que allí había.

Inexplicablemente para Agustín y Garay, casi todo el año 1544 debieron permanecer en Panamá hasta que, ya en el mes de noviembre, Blasco y Ortiz les informaron de que por fin habrían de partir hacia el Perú, llevando trescientos indios quechuas esclavos. Estos acababan de ser liberados por Blasco Núñez de Vela en la ciudad de Panamá y en algunas fincas cercanas a ella.

A primeros de diciembre embarcaron Blasco, Ortiz, los Ahumada y Juanillo en un pequeño bergantín panameño, cabeza de una flotilla, e hicieron proa resueltamente hacia la isla Taboga, única recalada en la navegación hacia el sur por el Mar de las Perlas y su archipiélago. Otro día de mareo en alta mar para Juanillo, y pudo descender con Agustín en la idílica playa de Taboga, llena de indios e indias buceadores, que cambiaban a los españoles su cosecha por armas y toda clase de rescates, además de conseguirles agua dulce y algunos bastimentos del archipiélago.

Luego de hacer aguada en la isla, prosiguieron viaje sorteando los diferentes islotes del Archipiélago de las Perlas, hasta que dejaron de ver tierra y, navegando con una enervante calma chicha y bajo un sol casi vertical, comenzaron a acercarse a la línea imaginaria del Ecuador, en la cual los sorprendieron las Navidades con el botalón de proa apuntando hacia el Polo Sur y con la costa a babor.

-Hasta aquí hemos estado en invierno; pero desde hoy estaremos en pleno verano, Juanillo...

Dijo un día a Garay su tío Pedro.

-¿Cómo es posible eso..?

-La verdad es que no lo sé muy bien; pero así ocurre al cruzar el Ecuador, y hoy lo estamos cruzando, según me ha dicho el capitán.

-¿Y qué es el Ecuador..?

-Pues... la mitad del mundo.

Juanillo siguió sin entender mucho; pero pensó que, como tantas otras cosas, algún día llegaría a entenderlas satisfactoriamente.

Por fin sopló una cálida brisa del norte, se hincharon las velas del trinquete, y pronto estuvieron corriendo una rápida empopada hacia el sur, con el archipiélago gris y desolado de los Galápagos a estribor, el que visto en lontananza, lucía un aspecto nada acogedor por cierto.

Navegaron apareados a una gigantesca ballena azul; la que acompañó al bergantín durante un día entero, y tuvo al zagal de Villalba y Agustín pegados a la borda de estribor durante horas, contemplándola más que

asombrados cada vez que aparecía en la superficie, alzaba la enorme y partida cola, o lanzaba chorros de líquido hacia arriba como un surtidor de alberca mora, mientras revoloteaban en su torno graznando incesantemente decenas de gaviotas.

Largo rato permaneció Agustín de Ahumada junto a Juanillo y observando el enorme cetáceo, mientras explicaba a éste que un monstruo como el que estaban viendo era el que había tenido a Jonás durante tres días en su panza, tan grande como una sentina, y luego lo había vomitado.

A los dos meses de navegar por el mar de Balboa, Juanillo, pegado con Agustín al nacimiento del botalón, divisó una franja de tierra ocre en lotananza y de aspecto desértico, y nada acogedor.

-¡El Perú!

Gritó Juanillo.

-¿Cómo lo sabéis?

Le preguntó un marinero.

-No lo sé.

-Pues habéis gritado como si lo supierais. Pues sí... Es el Perú, y aquella mancha es Túmbez.

-¿Qué es Túmbez?

-Una ciudad mochica que nos sirve de puerto. -¿Y qué quiere decir mochica? -Preguntó a su vez Agustín.

-Pues una parcialidad india de pescadores y artistas.

-¿Qué clase de artistas?

-Dibujantes, pintores, escultores, alfareros y ceramistas.

-¿Como los griegos?

-Algo parecido

Al acercarse, ya en las chalupas, al improvisado puerto peruano, Agustín, Antonio y Garay vieron con alegría un marcial tercio de infantes castellanos formados junto al agua. Eran las tropas que venían a esperar a Blasco Núñez de Vela. Al echar pie a tierra, un oficial se adelantó a recibir al Virrey: era su paisano Fernando de Ahumada, y don Blasco, luego de palmearle afectuosamente el hombro, le dijo:

-Vuestro padre, don Alonso de Cepeda, os manda un abrazo...

-¿Lo habéis visto, su señoría?

-Sí, y a vuestra hermana Teresa también: Id, abrazad a vuestros hermanos que ahí bajan detrás de mí.

Antonio y Agustín se colgaron del recio cuello engolillado del hermano mayor, y luego éste dijo:

-Venid, que allí está Rodrigo al frente de un piquete. Y más allá los otros en filas.

Entonces Agustín se dio vuelta y exclamó entusiasmado:

-Venid Juanillo... Así los conoceréis vos también.

Rato más tarde, los siete hermanos Cepeda y Ahumada vivaqueaban con el juvenil Juan de Garay junto a una blanca y limpia casuca mochica, mientras Agustín y Juanillo escuchaban absortos los relatos de Rodrigo y Pedro. Por cierto que éste, al ver la desmedida alegría de los recién llegados, echó un cubo de agua fría sobre su entusiasmo al decirles:

-Me alegro de veros; pero más os valdría haberos ahogado, antes que pasar lo que vais a tener que pasar en esta tierra de la Castilla de Oro! ¡Acordaos de lo que os digo en este cuatro de marzo!

Como uniendo la acción a la palabra, Pedro habría de partir días más tarde hacia Panamá en un bergantín que retornaba para el norte, diciendo a sus hermanos al despedirse:

-Yo vine a Indias para servir a Dios y ensanchar Castilla, y no para perder el tiempo en luchas de aventureros por el poder y el oro.

Blasco Núñez de Vela también libertó a los indios esclavos en Túmbez, y al par que desplegaba ya en este puerto una corte virreinal fastuosa, como nunca se había visto en el Perú hasta entonces.

En abril ordenó contratar indios y pagarles por adelantado la mitad del estipendio establecido, para llevar todo el cargamento necesario hasta Lima, y antes de terminar el mes, los seis hermanos quedaban en el Perú junto con Juanillo y su tío Pedro Ortiz de Zárate, y se encontraron cabalgando hacia el sur junto a Blasco Núñez de Vela.

Capítulo XV

GONZALO PIZARRO

ENTRETANTO, Gonzalo Pizarro, hermano menor de Francisco, entraba en el Cuzco al frente de tropas españolas, y era nombrado Procurador General del Perú por los numerosos pizarristas, en su mayor parte extremeños, en oposición al Virrey Blasco Núñez de Vela y su insólita política de protección a los indios, la cual había alzado en su contra a todos los encomenderos del país.

Días más tarde, el Ayuntamiento de Cuzco otorgaba



a Gonzalo Pizarro el mando de una fuerza armada y le confería el grado de Capitán General del Perú, en manifiesta oposición al Virrey.

Desde el asesinato de Francisco Pizarro a manos de los almagristas, perpetrado por Juan de Herrada, o Rada, para vengar la muerte de Almagro a manos de los hermanos Pizarro, los pizarristas habían permanecido quietos mientras gobernó el hijo de Almagro; pero ejecutado éste por Vaca de Castro, luego de haberlo vencido, la gente de Pizarro comenzó a pensar en el modo de volver a dominar la situación; oponiéndose a la gente castellana de Vaca de Castro y del nuevo Virrey Blasco Núñez de Vela.

Ahora, Gonzalo Pizarro había vuelto de su fabulosa entrada al río de las Cuñá py yara (2), en su confluencia selvática con el río Napo de los jíbaros y los indios colorados, y había llegado el momento de ponerlo al frente del país, o sea, de los encomendados.

Ya cerca de Lima, cuando Blasco Núñez de Vela y Rodrigo de Cepeda entraron en un albergu de Huacho, hallaron un cartel que rezaba: «A quien viniere a quitar mi hacienda, quitarle he la vida...»

No se arredró el Virrey y siguió viaje hacia Lima, a cuyas afueras salió a recibirlo Vaca de Castro.

Entretanto, y mientras Blasco Núñez de Vela entraba en Lima con Rodrigo de Cepeda a su lado, Gonzalo Pizarro se dedicaba de lleno a organizar su ejército del Cuzco, y se apoderaba de dieciséis cañones que Vaca de Castro había dejado en la aldea Guamanga, ordenando que fueran llevados al Cuzco, y esclavizando a seis mil indios quechuas para que arrastrasen las piezas a través de la Cordillera de los Andes.

Además, Gonzalo Pizarro ordenó a los suyos que saquearan el Tesoro Real del Cuzco.

Apenas llegados a Lima, Rodrigo y sus hermanos, junto con el Oidor Pedro Ortiz de Zárate y su sobrino, hubieron de ponerse a trabajar en los preparativos de la defensa, siendo Rodrigo de Cepeda, Juan de Garay y Pedro Ortiz de Zárate de mucha utilidad para el Virrey por su gran conocimiento de la caballería, arma en la cual tenía mucha ventaja la gente de Gonzalo Pizarro.

Mientras tanto en el Cuzco, Francisco de Carbajal, un anciano de ochenta años con extraordinario historial guerrero, se ponía a las órdenes de Gonzalo Pizarro y daba las últimas instrucciones militares a su ejército, fuerte ya en más de cuatrocientos soldados, y con muchos indios auxiliares.

En tanto ambos bandos se preparaban para el choque en Lima y Cuzco, un grupo de almagristas daba muerte al heroico Inca Manco, invencible en la Cordillera de los Andes con su guerrilla montañesa, contra los españoles que se acercaban al refugio que tenía en el macizo andino; pero luego los hombres de Inca Manco mataron a todos los asesinos de su monarca, a los que fueron dando caza uno tras otro en la Cordillera.

Al salir de Cuzco, Gonzalo Pizarro se enteró de la muerte de Inca Manco, y decidió apurar la marcha hacia Lima, puesto que ya no tenía excusas para mantenerse en armas.

Enterado Blasco Núñez de Vela de la marcha de Gonzalo Pizarro hacia Lima, desconfió de Vaca de Castro, por cierto muy injustamente, y ordenó encerrarlo en una carraca del Callao. Luego despachó al capitán Puelles, jefe de la guarnición de Huanuco, con una fuerza de caballería, para oponerse al avance de Gonzalo Pizarro y Carvajal con su tropa; pero Puelles se pasó al bando pizarrista y encomendero con todos sus efectivos, duplicando las fuerzas de éste.

Al cruzar por Chupas, Gonzalo Pizarro y Carbajal tenían ya ochocientos soldados, y por Huamanga ya llegaban a más de mil.

Blasco Núñez de Vela mandó entonces al capitán Díaz al encuentro de los rebeldes; pero este jefe también se pasó al enemigo con toda su gente. Algunos soldados de Blasco Núñez de Vela asesinaron por error a un caballero residente en Lima, llamado Suárez de Carbajal, y esto acabó por crear un ambiente totalmente favorable a Gonzalo Pizarro en todo el país, tornando la situación hartamente peligrosa para el Virrey, y para todos los que aún permanecían a su lado.

Rodrigo de Cepeda y sus hermanos fueron enviados por Blasco Núñez de Vela a Tumbes con el encargo de comunicarse con Sebastián Benalcázar, a la sazón en Quito, y ganarlo para la causa virreinal. Al enterarse de que Blasco Núñez de Vela había sido apresado y puesto en un navío, Jerónimo de Cepeda embarcó hacia Panamá en pos de su hermano Pedro, mientras que Rodrigo partió con Fernando, Lorenzo, Antonio y Agustín hacia el norte, en busca de Sebastián Benalcázar y su tropa de Pasto y Popayán.

Pedro Ortiz de Zárate y Juan de Garay vieron en Lima cómo se desmoronaba la autoridad del Virrey, y cómo era depuesto por los jueces y el pueblo aún antes de llegar Gonzalo Pizarro, quien a la sazón ya entraba triunfalmente en Jauja.

Empero, Blasco Núñez de Vela, en su navío-cárcel, convenció al juez Álvarez de que le dejara partir, e incluso de que le dejara la nave a su disposición, y una vez logrado todo ello, también Blasco Núñez de Vela partió por mar hacia el norte en busca de Sebastián Benalcázar (3) y su tropa del Cotopaxi.

En medio del caos limeño, Juan de Garay vio cómo los jueces trataban de pactar con Gonzalo Pizarro y cómo éste, por toda respuesta, envió una avanzada al mando de Carbajal, quien apenas llegado ahorcó a tres amigos de Blasco Núñez de Vela en la plaza mayor.

Garay vio cómo también Carbajal y los suyos entraban en casa de su tío Pedro, a la sazón enfermo en cama, y cómo Carbajal se reía y burlaba de él diciendo que se había enfermado de miedo. A ello, don Pedro sólo rogaba que no molestaran a su sobrino, a lo que Carbajal le dijo entre carcajadas que se quedara tranquilo y se pusiera bueno, que nadie tocaría al mozalbeta Juan de Garay.

Apenas salido el terrible anciano, Juanillo ensilló dos caballos y con su tío enfermo salió hacia el norte al tranco de sus cabalgaduras, pues don Pedro no hubiera aguantado ni trote ni galopé, sino sólo el tranco y a duras penas.

La tranquilidad y la brisa marinera de Huacho curaron a don Pedro Ortiz de Zárate, y ya pudieron seguir, alternativamente al trote y al galopé corto, su viaje hacia el norte, en demanda de Benalcázar.

El 28 de octubre entró en Lima Gonzalo Pizarro con mil doscientos españoles y cinco mil indios quechuas; luciendo una capa roja con adornos de oro, mientras dos oficiales llevaban de la brida su cabalgadura de Procurador General del Perú en funciones.

Lo primero que hizo Gonzalo en Lima fue ejecutar a varios jefes enemigos, y privar a los indios de todas las prerrogativas que Blasco Núñez de Vela les había concedido. Luego, terriblemente contrariado por la fuga de Blasco y de Vaca de Castro, quien a su vez regresaba a Panamá, Gonzalo aceleró los preparativos para su marcha hacia el norte en persecución del Virrey y de todos sus incondicionales.

Carvajal volvió a buscar a don Pedro Ortiz de Zárate, para llevarlo ante Gonzalo Pizarro; pero ya no lo encontró. Por lo que exclamó, siempre burlón:

-¡El miedo lo enfermó y el miedo lo curó!

Capítulo XVI

IÑAQUITO

RODRIGO de Cepeda y sus hermanos alcanzaron la calzada Rincaica de Chichasuyo en Guanazán y se dirigieron sin dilaciones por ella hacia el norte en demanda de Quito y de Sebastián Benalcázar.

Juan de Garay y su tío, entretanto, llegaron a marchas forzadas hasta Cajamarca, donde quedaron una noche a descansar. Juanillo observó la plaza india a la luz de la luna, y trató de reconstruir mentalmente la escena del encuentro entre Pizarro y Atahualpa, y el atrevido golpe de mano efectuado por aquél apresando al inca, mientras fray Velarde vociferaba en el combate con la espada en una mano y el Evangelio en la otra.

En Cajamarca habían tenido noticias de que Blasco Núñez de Vela había desembarcado en Tumbes y, luego de haber recibido refuerzos de Puerto Viejo y San Miguel, había huido hacia el norte perseguido por fuerzas pizarristas operantes ya en esa costa, en busca de algunos soldados leales al Virrey en el sector de Tumbes. Garay salió con su tío de Cajamarca también hacia el norte y, subiendo también a la calzada incaica de Chichasuyo, que unía la plaza del Cuzco con Quito, hicieron sonar sus nuevos herrajes cajamarqueños sobre la piedra machacada del camino quechua, galopando hacia el sector donde esperaban hallar al Virrey Blasco Núñez de Vela.

En febrero llegó Rodrigo de Cepeda a Quito con los hermanos y se puso a las órdenes de Sebastián Benalcázar. Un par de días después llegó Blasco Núñez de Vela, quien, luego de permanecer en Quito unos días y asegurarse la adhesión de Benalcázar, salió el 4 de marzo de 1545 otra vez a San Miguel con Rodrigo de Cepeda y sus hermanos, desde donde pensaban dominar la calzada india de la costa con los quinientos hombres con que ahora contaba.

El mismo día 4 de marzo, Gonzalo Pizarro se embarcó para Trujillo, luego de haber enviado por tierra seiscientos hombres al mismo sitio, a las órdenes del capitán Garcilaso de la Vega, quien llevaba consigo toda la caballería rebelde.

Cerca ya de Quito, Garay y su tío fueron informados por los integrantes de una avanzadilla benalcazareña, de que Blasco Núñez de Vela y Rodrigo de Cepeda estaban en San Miguel, con los hermanos de éste. Garay y su tío partieron enseguida para reunirse con el Virrey, y con Rodrigo y sus hermanos, en la ribera, donde Blasco Núñez de Vela procuraba a toda costa reforzar sus menguados cuadros.

En San Miguel se encontró Garay con Rodrigo y sus hermanos, y juntos cabalgaron en varias escaramuzas con avanzadillas de Pizarro, que constituyeron sucesivas victorias del capitán Rodrigo de Cepeda contra los aguerridos soldados que habían conquistado el Perú de los Incas.

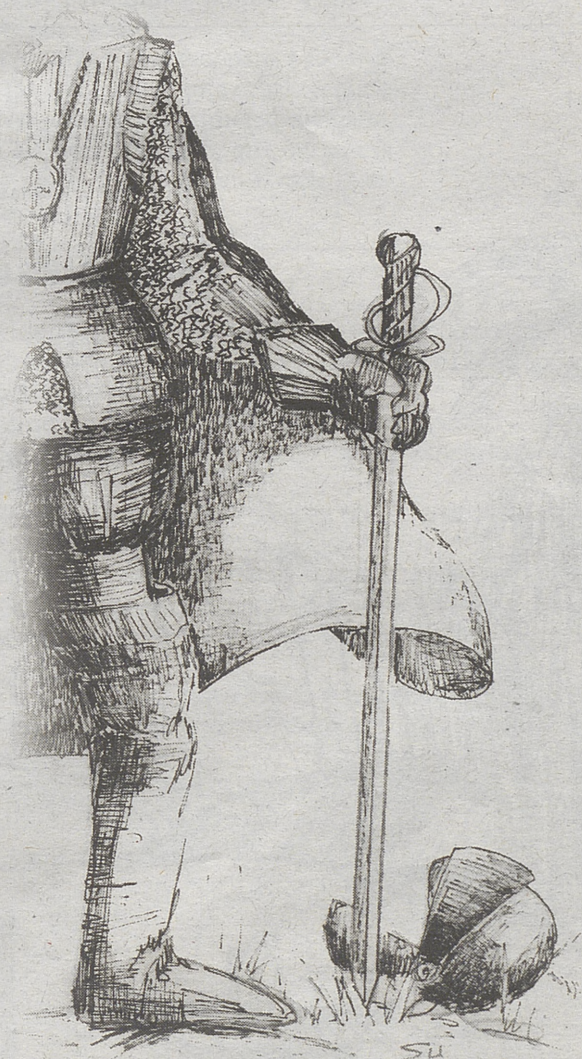
Pese a ello, al enterarse Blasco Núñez de Vela de que Pizarro, Carbajal y Garcilaso de la Vega estaban cerca, se retiró hacia el norte con Rodrigo y los suyos en busca del apoyo de Benalcázar, puesto que sólo éste podía enfrentar con alguna posibilidad de éxito al Capitán General del Cuzco, Gonzalo Pizarro, la mejor lanza que pasó a Indias. Éste lanzó en su seguimiento a Carbajal con toda la caballería, y el octogenario guerrero alcanzó a las tropas del Virrey mientras dormían, ya en la sierra. Pese a la sorpresa, Rodrigo reaccionó enseguida y repelió la agresión con sus jinetes, haciendo huir a Carbajal y los suyos hacia el sur, aunque sólo por poco tiempo, puesto que el anciano guerrero habría de reorganizar rápidamente su hueste para proseguir con la persecución.

Blasco Núñez de Vela ordenó continuar la retirada por el valle de Cascas, siempre acosado por la vanguardia de Carbajal, que se estrellaba una y otra vez contra la retaguardia virreinal, mandada por Rodrigo de Cepeda, y luego también acosada por los mosquitos en los terribles pantanos de Paltos, que hicieron recordar el Chaco a Rodrigo. En Paltos murieron muchos hombres y caballos, tragados por el negro y maloliente cieno, y otros mordidos por las serpientes. Rodrigo temió que los ñatiú y los mbarigüís lo postrarán nuevamente ahora, como en el Chaco; pero, aunque él no lo supiera, había quedado vacunado por los mbarigüís, y éstos ya no le afectaban.

Pero sí afectaron a sus hermanos, a Garay y a Blasco, quienes enseguida tuvieron caras, manos y piernas hinchadas, y con dolores y picazones de gran intensidad.

Por suerte en Paltos había guaraníes yakalamarures y guayapinaos que subían desde el río Napo y el Yguazú, y curaban a los picaos frotándolos con grasa de teyú pytá (4).

Los que no tenían remedio eran los mordidos por serpientes covalas, ñacaniñas, yararás y yaguá mboi (5) y morían a los pocos minutos de ser mordidos, entre gritos y alaridos desgarradores, con la cara hinchada y negra.



Al salir de Paltos, los supervivientes cruzaron Tomebamba, y entraron en Quito, para seguir sin dilaciones hacia Pasto, ya por la calzada de Chichasuyo, prolongada hasta la ciudad; en la cual, a la sazón debía encontrarse Benalcázar; pero este capitán no estaba allí, y Rodrigo, Blasco y todos los suyos siguieron hacia Popayán.

Gonzalo Pizarro llegó en su persecución hasta Pasto; pero no queriendo toparse con Benalcázar más al norte, optó por retirarse hacia Quito. Era mucho el respeto que le inspiraba el glorioso vencedor del cacique Rumiñahui en la terrible batalla del volcán Cotopaxi, en la que, ni el temor a una repentina erupción de este grandísimo volcán, que arrojaba impresionantes cantidades de lava, pudo detener a Benalcázar en su rauda marcha por delante de los ríos de lava hacia la victoria.

Blasco Núñez de Vela y Rodrigo de Cepeda siguieron hasta Popayán con sólo un centenar de hombres, únicos supervivientes de la marcha de doscientas leguas, y allí se reunieron con el teniente Cabrera, quien mandaba cien hombres de Benalcázar, y este capitán apareció a su vez un par de días más tarde al frente de otros doscientos soldados.

Entretanto, en el sur del Perú se sublevó contra Pizarro Diego Centeno, cerca de Puno y del lago Titicaca, y allí fue a combatir Carbajal con algo de caballería. Pizarro simuló dejar Quito con sólo una pequeña guarnición a las órdenes del traidor Puelles, para ir tras Carbajal; pero se detuvo a vivaquear poco más al sur de la ciudad, mientras Blasco Núñez de Vela bajaba desde el norte para atacar a Puelles, a quien suponía como lo había querido Pizarro, abandonado por éste y por el grueso de su ejército. Al ser informado Pizarro de la salida del Virrey desde Popayán, regresó a Quito para reunirse con Puelles, y ubicarse luego tres leguas al norte de la ciudad sobre un barranco, a cuyo pie discurría un correntoso río, al que tenían que cruzar los soldados de Blasco si querían atacarlo.

En una noche de enero de 1546, Rodrigo de Cepeda y Juan de Garay llegaron a la orilla norte del río con algunos jinetes de avanzada y vieron las hogueras pizarristas, mientras oían a sus centinelas gritar:

-¡Traidores..!

-¡Traidores sois vosotros..!

Respondió un jinete de Rodrigo, y luego sonaron varios arcabuzazos. Rodrigo y Garay galoparon hasta donde se hallaban Blasco Núñez de Vela, Sebastián Benalcázar y Pedro Ortíz de Zárate, y les informaron acerca de la posición pizarrista en Ñaquito, o 'Añaquito'.

-¿A qué altura estaban las hogueras?

Pregunto Benalcázar.

-A unos cuarenta o cincuenta metros.

Respondió Rodrigo. Ante lo cual, Benalcázar concluyó:

-Ya sé entonces dónde están... No podemos atacar esa posición.

Benalcázar resolvió dejar hogueras encendidas y, rodeando el cerro por la noche, caminar un círculo de ocho leguas hasta Quito para atacar la retaguardia rebelde; pero el camino era demasiado abrupto y las tropas de Blasco Núñez de Vela llegaron a Quito con el sol bien alto, lo que implicaba el haber perdido ya toda oportu-

nidad de sorprender a Pizarro, ni a nadie de los suyos. Benalcázar se dio cuenta de que no tenía la menor posibilidad de victoria, y se ofreció a Blasco Núñez de Vela para ir a parlamentar; pero éste no lo aceptó y dijo:

-No hay que fiarse de traidores. Vamos a combatir, no a parlamentar, y debemos cumplir con nuestro deber como buenos y leales. Yo os prometo que la primera lanza que se rompa en los enemigos sea la mía...

Por orden expresa del Virrey, Benalcázar hizo formar la tropa en línea de batalla, y como arenga final, Blasco Núñez de Vela dijo a sus soldados:

-Todos sois valientes, y leales a nuestro soberano. Por mi parte, la vida me importa poco en tratándose de cumplir con lo que debo a mi rey. Pero desconfiemos del buen éxito. El español, peleando por una buena causa, ha sabido vencer mayores dificultades que las presentes. Combatimos por la justicia... por la causa de Dios...; ¡por la causa de Dios..!

-¡Viva el Virrey..!

Gritó el entusiasta y joven Agustín de Ahumada, el más belicoso de todos los hermanos Cepeda y Ahumada, y la tropa en pleno respondió con un estruendoso:

-¡Viva el Virrey..!

Pero Rodrigo y Benalcázar no gritaron: estaban aterrorizados pensando en la cantidad de buenos soldados que iban a morir estúpida e inútilmente y, sobre todo, Rodrigo, por supuesto, temía por la vida de sus hermanos.

El 18 de enero de 1546, Blasco Núñez de Vela y los suyos salieron de Quito, y a los mil metros de marcha vio las tropas de Gonzalo Pizarro, alineadas sobre los promontorios en que finalizaban los llanos de Ñaquito, o 'Añaquito', como decían los españoles, con su inveterada costumbre de estropear las palabras indias, o deformarlas.

Las tropas del Virrey no llegaban a cuatrocientos hombres, mientras que Gonzalo Pizarro tenía cerca del doble con mejores armas y caballos. Sebastián Benalcázar dispuso un pequeño grupo de arcabuceros al frente para romper la acción con una descarga, mientras que el resto de los arcabuceros era ubicado en el centro junto a los alabarderos, y la caballería era dividida en dos alas de setenta jinetes cada una. En la de la derecha, Blasco Núñez de Vela se ubicó al frente seguido por don Pedro Ortíz de Zárate y su sobrino Garay, y por Rodrigo de Cepeda y sus hermanos, anhelantes algunos de estos, como Agustín de Ahumada, por romper lanzas en defensa del Virrey, su paisano vecino y amigo.

Rodrigo y Fernando sabían que debían defender al Virrey y querían hacerlo; pero su experiencia, como la de Benalcázar, les dictaba que ese no era el lugar ni el momento oportuno para intentar llevarlo a cabo, y temían un verdadero desastre.

Al caer la tarde se empeñó la acción, al dar Blasco Núñez de Vela la orden de avanzar a los suyos, y tras una descarga de arcabuz, avanzó entre el humo la tropa de alabarderos, entablado feroz combate cuerpo a cuerpo con la rival de los rebeldes, formada en cuadro. Cargó el Virrey con la caballería, con Rodrigo de Cepeda a su izquierda y, pese a los terribles claros que abrió en ella el tremendo fuego arcabucero y de cañón de Gonzalo Pizarro arrojó en su primera carga a la caballería rebelde. Ésta se rehizo,

empero, rotas las lanzas, los jinetes pasaron a combatirse con hachas y espadas, en una acción espantosamente sangrienta.

Benalcázar y Rodrigo de Cepeda eran los más hábiles y contundentes en el manejo de la espada, y ello les salvó la vida, pese a adentrarse entre los enemigos. Mas pronto advirtieron que iba cayendo la gente en su tomo. Primero fue Cabrera, el heroico lugarteniente de Benalcázar, quien cayó muerto de un lanzazo, y luego don Pedro Ortíz de Zárate desapareció envuelto por una oleada de jinetes rivales, que se adentraban ya victoriosamente entre las filas realistas. Mas Rodrigo de Cepeda acudió con presteza en su socorro, logrando poner a salvo al Oidor en retaguardia.

Después, Rodrigo vio caer muerto al Oidor Álvarez, improvisado combatiente, y vio también caer de su caballo, lleno de heridas, al capitán Sebastián Benalcázar, quien aún desde el suelo blandía la espada con indómita bravura, completamente rodeado por enemigos. Blasco Núñez de Vela arrolló con su lanza al caballero Alfonso Montalvo; pero luego fue rodeado también y recibió varias heridas, hasta que un hachazo en la cabeza lo arrojó a tierra, manando abundante sangre por la frente. Iba a rematarlo el licenciado Carbajal, hermano del que había sido muerto en Lima por orden equivocada del Virrey, cuando Gonzalo Pizarro lo detuvo, tan sólo para ordenar que un esclavo negro decapitara al infeliz Blasco Núñez de Vela con un solo mandoble. De su cadáver Lorenzo rescató los blasones y la insignia de Virrey.

A pocos pasos de allí, caía también herido de muerte Antonio de Ahumada, mientras la infantería aún seguía resistiendo a las órdenes de sus hermanos Rodrigo, Fernando y Agustín, con la desesperada intención de morir antes que rendirse y con la terrible congoja de haber visto caer a Antonio. Pero a Rodrigo, por encima de todo, le preocupaba salvar vidas, y sobre todo las de sus hermanos, por lo que comenzó a buscar una salida hacia el norte con su hermano Lorenzo.

Juan de Garay quedó completamente cortado por la infantería rival hacia el sur y, al ver varios infantes que avanzaban hacia él con las alabardas en ristre, volvió bridas entre la humareda y, al amor de la noche, ya cerrada, cabalgó de prisa hasta sentir, bajo los cascos de su cabalgadura, el familiar sonido de la calzada de Chichasuyo, que le llevaba hacia el sur.

Rodrigo de Cepeda y sus hermanos Fernando, Lorenzo y Agustín se retiraron hacia el norte. Única cosa que podían hacer ya para salvar sus vidas; bordearon la falda oriental del volcán Pichincha y apenas llegados a la aldea de Nomo, protegidos por la abrupta ladera norte del volcán, iniciaron enseguida una feroz guerra de guerrillas contra los pizarristas que pretendían avanzar hacia el norte, obligándolos a permanecer encerrados en Quito día y noche.

Rodrigo de Cepeda, apoyado por muchos soldados de Benalcázar que acudieron a Nomo, se llegó hasta el campo de batalla de Ñaquito para buscar el cadáver de su hermano Antonio y rescatarlo; pero no lo halló, y ello lo volvió particularmente pertinaz en su guerra de guerrillas contra Pizarro. Fernando no lo acompañó, porque en Ñaquito quedó herido en una pierna, y Agustín era demasiado joven. Lorenzo, por su parte, quedó en Nomo, guardando en una choza las insignias y blasones de Blasco Núñez de Vela, como un preciado tesoro de Ávila.

NOTAS:

1- Santa Teresa de Ávila habría de decir estas palabras sobre el castellano que hablaba su sobrina Teresita cuando llegó a Ávila, muchos años más tarde, con su padre.

2- Las amas de la tierra que pisan, o de la zona.

3- Este apellido aparece a menudo como Belalcázar; pero es Benalcázar, que en hebreo, arameo y árabe quiere decir hijo del alcázar.

4- Yguana colorada (Tupinambis rufescens)

5- Serpiente perro

